

EL ENIGMA HORIZONTAL

Esto se ha convertido en una obsesión. No puedo trabajar, no puedo comer, no puedo dormir.... Bueno, dormir si duermo, pero no descanso. Nuestros encuentros son cada vez más intensos y agotadores. Mientras estoy a su lado no tengo noción del tiempo y apenas del espacio. Estamos siempre en una gran sala abarrotada de artilugios desconocidos para mi. Lo único que logro identificar son lienzos y pinturas.

Él, ansía mi regreso cada noche, habla poco, pero esto me lo ha dicho. Tampoco descansa. Anoche me lo confesó. Pero al mismo tiempo no puede renunciar.

Por mi parte reboso confusión y euforia a partes iguales. No se como consigo llegar cada noche a su casa, pero me levanto y al salir a la calle ya estoy en otra ciudad que en nada se parece a mi pueblo. Solo tengo que bajar por una calzada de piedra, que no es la mía y al fondo, una gran puerta de madera noble, altísima y labrada como un retablo renacentista, parece llamarme a gritos: aquí estoy.

La primera vez estaba muy asustada, pero no retrocedí. Me pregunto que hubiese pasado si el miedo me hubiera vencido. No fue así. Anduve sola, de noche, calle abajo, con los latidos fuertes de mi corazón como única compañía.

Yo no lo conocía, no sabía donde iba, pero me paré frente a la puerta. Sentía como si desde hace mucho tiempo, tuviese una cita concertada. Al conocerla o reconocerla, ya no se que sería lo adecuado, la analicé con detenimiento. Cada ornato de su talla representaba un soneto que juntos, componían el más hermoso de los poemas visuales. Su aldaba en hierro fundido, constituían el alma de aquel cuerpo petrificado en madera: que hermosa cabeza de león. La arropé entre mis manos como a un pajarillo herido. Su contacto frío fue lo único que me hizo

sospechar que no estaba viva. Y de pronto se me escurrió al querer acercármela a la nariz para olerla. ¿Por qué pensé que podía tener aroma? Y fue en este lance, sin tener tiempo de reaccionar, que se escapó como agua de entre mis dedos y golpeó la madera con un ruido que me pareció estridente, dada la quietud del momento: Entonces apareció El. Portaba un candelabro en la mano, vestía túnica ocre. Nos miramos sin articular palabra no se cuanto tiempo. Sus ojos que al primer instante permanecían en guardia, se fueron tornando afables. Por fin movió la boca, pero no para sonreír:

- Llegas tarde. Pasa, hace frío.

No supe, nunca sabré, porque accedí a entrar, a seguir a aquel individuo que sin duda me estaba confundiendo con otra persona. Pero con sólo cruzar nuestras miradas, entré en un estado de dependencia del que todavía sigo cautiva.

Llegamos por un corredor oscuro y frío a una gran sala.

- Siéntate. Ahora, habla.

- ¿Sobre qué?

- Sobre lo que quieras.

Hipnotizada por las llamas de las velas, comencé a contarle anécdotas sobre lo particular y lo general, noche tras noche.

Nunca intercambiamos nombres. El no me ha preguntado el mío. Yo si lo he bautizado. De entre los muchos cuadros terminados e inconclusos que por allí pululan, tan solo uno lleva firma. Creo entender que pone: ¿ Leopoldo? Quizás no sea del todo acertada mi deducción, pero para mi es: “Leo”.

Dice que necesita que acuda sin falta todas las noches para terminar mi retrato y yo como paloma mensajera, retorno al que ya es mi dueño. Se que es un sueño, se que todas mis citas provienen de mi imaginación, que la puerta por la que

entro a su estudio, no existe de día... Es tan absurdo vivir para soñar, así, literalmente... Pero es superior a mi. Estoy encadenada a ese estado inconsciente, donde aparece un hombre, alto, atractivo, extranjero... que pinta mi retrato cada noche.

Le interesa mucho la vida cotidiana. Me hace desmenuzar con detalle lo que para cualquiera es rutinario y trivial. A veces deja mi retrato sobre el que trabaja sin descanso y coge notas en cuartillas sueltas. No he visto nada de lo que lleva hecho, ni de lo que recoge en una escritura rápida, a juzgar por la velocidad que imprime a su zurda... Parece escribir de derecha a izquierda...

Pero en contra de lo que yo siento, de lo que me gustaría esperar, no me ama... Estoy cada día más convencida de que lo que realmente ansía cada noche son: mi voz y mi cerebro. Lo que al principio me resultó un halago, no en vano es la primera vez que alguien me retrata, ahora se me antoja duda. No puedo moverme, permanezco encadenada a un taburete, el mismo que cada noche me recibe inalterable. Casi tanto como él; me aguarda a distancia, de cara a su lienzo. A veces se mueve hacia la luz y puedo adivinar (lo tuve cerca una vez, la primera vez), más que visualizar, su noble rostro: modulado, de proporciones simétricas y armónicas. Es muy guapo. Si supiera, yo si que podría dibujarlo, lo tengo grabado en el alma.

No se entonces que quiere de mi, no sé lo que le interesa de mi cuerpo al que nunca se acerca y del que sin embargo parece tomar multitud de apuntes de colores. Cuando ha pasado un buen rato, ignoro cuanto, me despide con un: "por esta noche es suficiente, hasta mañana". Esta orden acciona mi cuerpo y abandono la casa sin titubeos, sin preguntas, sin razón...Camino por el corredor, sola, no me acompaña, atravieso la puerta mágica y... Ya estoy en el zaguán de mi casa.

En un lugar de España Abril de 1993

Esta noche me he atrevido. He vencido a mi hipnotizador y le he preguntado:

- ¿Puedo ver mi retrato?

- Lo verás muy pronto. Pero aún no lo tengo terminado. Es una sorpresa.

Al rato le he vuelto a preguntar en un resuello, pues no dejo de hablarle de la ciudad, el tráfico, las estrellas, anatomía humana.... le interesa todo... le he dicho sin pensar:

- Esto se acaba ¿Verdad?

Ha asentido con la cabeza y ha hecho el discurso más largo desde que nos conocemos:

- Mañana verás tu retrato. Te llegará de forma casual. Quizás no te reconozcas del todo, pero son tus ojos, es el instante de tu sonrisa justo a punto de nacer.

El día después en un lugar de España de Abril de 1.993

Me desperté con dolor de cabeza y mucho frío. Me he puesto el termómetro: gripe. No puedo ir a trabajar al Hospital. Esto de ser médica no me ayuda demasiado para no pillarla igual que todos, al final caigo. Después de dormir dos horas más de lo habitual, me preparé el desayuno y me he sentado con la bandeja tranquilamente frente al televisor. Tenía la mano izquierda sujetando la bandeja y con derecha he accionado el mando: la primera imagen ha sido la de un dibujo a carboncillo muy antiguo. Parece un documental sobre la vida y obra de alguien, pensé. Me gustan las biografías y no he cambiado el canal. La voz en off iba relatando como "el artista" había dibujado lo que parecía su lugar de trabajo. Se me ha caído la bandeja encima con café, zumo y tostadas empapando todo mi metro cuadrado habitado, pero no lo he notado hasta medio día:

- ¡Es su estudio! ¡Es mi taburete! ¡Son sus cuadros amontonados!

Por más atención que le he puesto, no aluden a su nombre. Su obra debe de hablar por si misma ... La voz del televisor sigue sin pausa.... Hombre del renacimiento, inexplicablemente adelantado a su época. Dejó planos y de hecho se han ejecutado en nuestros días, maquetas de máquinas voladoras y vehículos terrestres que parecen sacados del siglo veinte, conjeturas y teorías muy bien ilustradas sobre la colocación real de nuestro sistema solar, dibujos sobre el funcionamiento interno del cuerpo humano, con detalles minuciosos que podrían ilustrar sin mucho error, cualquier libro actual de anatomía.....etcétera, etcétera, etcétera.....

... Hasta que ha aparecido la que han calificado de su obra maestra, la más famosa, la universal: ¡MI RETRATO!...El de una mujer a punto de sonreír vestida de época; Pero son mis ojos, es mi boca, son mis manos.

Ya no me hacía falta que dijese el nombre del artista, aunque me lo ha lanzado como pedrada en un ojo, acto seguido. El comentarista de la biografía a terminado el reportaje diciendo:

- ¿Quién sería esa enigmática dama que parece sonreír cómplice, como flotando en el tiempo, a Leonardo da Vinci? Eso secreto se lo llevaría a la tumba. Solo se sabe que su “Gioconda”, fue el único cuadro por el que manifestó aprecio y además exigió llevar a todos sus viajes. Tan solo consiguió separarlos la muerte. Esta se produjo en Francia en 1519 y ella, su mujer misteriosa, asistió impasible ocupando un lugar privilegiado junto al lecho del maestro, desde el enigma horizontal que supone su eterna “casi” sonrisa.

